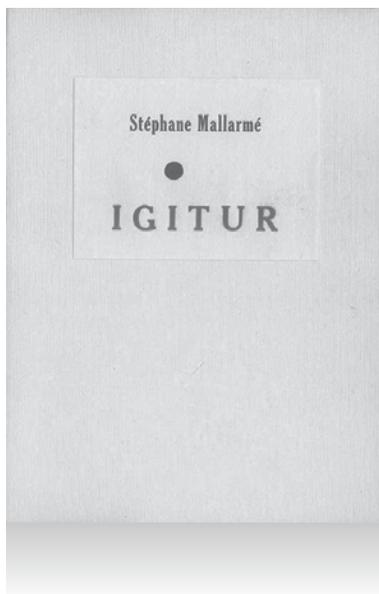


# Igitur o el nacimiento de la poesía

DIEGO ARMANDO LIMA-MARTÍNEZ  
Y DONAJÍ CUÉLLAR-ESCAMILLA



Stéphane Mallarmé, *Igitur o la locura de Elbehnon*, José Miguel Barajas (trad.), México, Auieo Ediciones, col. Mandrágora, 2013.

A más de un siglo de distancia podemos afirmar, sin duda, que nombres como el de Stéphane Mallarmé (1842-1898) se han convertido en comunes denominadores de nuestra propia tradición. Pero, con exactitud, ¿a qué nos referimos con expresiones así? ¿Queremos decir que son nuestros clásicos? Eso nos parece. Más nuestros que nunca son aquellos autores o aquellas obras que sentimos actuales, desde Homero hasta Joseph Conrad, porque su poesía no se agota, sino al contrario, se actualiza con cada lectura. Y, no obstante, iniciado el nuevo milenio escritores como los simbolistas corren el riesgo de caer en una solemnidad sin reservas, aquello que bien podemos denominar la comedia de la admiración. Ser más admirados que leídos o, cuando menos, más leídos que estudiados conduce a un callejón sin salida. Pero la poesía de Mallarmé tiene mucho qué decir: lívido espejo del lenguaje, sueño de un fauno, abstracción de la verdad o la pureza; poesía que mira con los ojos abiertos las intermitencias de la Nada.

Sabemos que el escritor francés guardaba variaciones, versiones antiguas de sus grandes poemas. Escrito alrededor de 1867, *Igitur o la locura de Elbehnon* nunca fue publicado en vida del autor. El conocimiento de su existencia se mantuvo restringido casi a la expresión oral: tanto Paul Claudel como André Gide o Paul Valéry recuerdan haber escuchado hablar a Mallarmé de este proyecto de juventud, aunque nunca les fue mostrado. La idea temprana del texto, ¿abolir el azar?, será un motivo recurrente en su obra de madurez. Sin embargo, fue hasta un par de años después de su muerte que Edmond Bonniot halló entre los archivos del poeta un documento titulado “Igitur. Desecho. La locura de Elbehnon” (‘desecho’, dice Bonniot, significa muchas veces para Mallarmé fragmentos, documentos archivados para utilizarse, quizá, posteriormente). ¿Se trataba de ese texto del que les había platicado su maestro?

Ubicado en el punto medio de su labor, *Igitur* es, en más de un sentido, el origen, pero también el final de su obra, como si Mallarmé propusiera: “Pienso, luego existe la poesía”. El protagonista del texto desciende al interior del espíritu humano en busca de un sentido más puro, absoluto. Igitur pronuncia las palabras. ¿Pero qué dice? Murmullos... “La explicación órfica de la tierra”. Tras conocer la trama de este poema-cuento podríamos parafrasear a Valéry diciendo: “Que cada generación traduzca a su Mallarmé”, aunque en español sólo contemos con tres o cuatro versiones de mediados del siglo XX y ninguna reciente. La apuesta es ahora, por ello, el ensayista veracruzano José Miguel Barajas (San Andrés Tuxtla, 1983) nos presenta una cuidadosa edición de *Igitur o la locura de*

DIEGO ARMANDO LIMA MARTÍNEZ. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana, México. Ha escrito poesía, ensayo, crítica literaria y artículos de investigación para diversos medios. Participó en el taller de creación literaria del poeta juarenses César Silva Márquez. Becario del programa Jóvenes Creadores (PECDA), del Instituto Veracruzano de Educación y Cultura en 2012. Durante los últimos años se ha dedicado tanto a la difusión cultural como al estudio de la poesía mexicana moderna, específicamente la obra de los Contemporáneos. Cursa el posgrado en Literatura Mexicana en el Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias en la ciudad de Xalapa, México.

DONAJÍ CUÉLLAR ESCAMILLA. Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, México. Ha impartido cursos tanto de literatura antigua como de poesía moderna en la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana, México. Coordinadora de los libros *Jorge Cuesta. Crítica y homenaje* (ILL, México, 2008) y *Literatura de tradición oral de México: géneros representativos* (UV/ COLSAN, México, 2012). También ha publicado varios capítulos de libros, el más reciente: "Mujeres fatales en leyendas de Xalapa", en *Formas narrativas de la literatura de tradición oral de México: romance, corrido, décima, leyenda y cuento* (2009), cuya editora fue Mercedes Zavala Gómez del Campo.

*Elbehnon*, publicada recientemente por la editorial Auieo y basada en la versión que Edmond Bonniot utilizó para la Bibliothèque de la Pléiade en 1945. La lujosa factura de los ejemplares viene acompañada por una litografía original del artista italiano Fulvio Testa, además de un "Paréntesis" de la poeta Tedi López Mills y escolios o comentarios al texto original.

Miguel Barajas sabe que, ciertamente, la traducción es una forma de traición al texto literario. Muchas veces se cuenta el contenido del poema, pero no se canta (sucede con intraducibles como "El soneto en ix"); las otras, más afortunadas, aspiran a encontrar una especie de equilibrio entre lo que el texto literario dice y cómo lo dice. Pero ¿cómo hacerlo con Mallarmé? Es complejo traducir un poema como *Igitur*, no sólo por su carácter de obra en ciernes, sino por la dificultad de su prosa densa, de sus concepciones abstractas. Nunca antes en la poesía las palabras estuvieron tan cargadas de sentido: no es lo mismo decir nada, que decir Nada. Y aun así, con la paciencia de un alquimista, Barajas se dedicó, durante las noches de San Andrés Tuxtla, a someter a su riguroso sistema las asociaciones azarosas de la traducción poética. El resultado, que la obra supla el mundo con la palabra; una vez en el poema traducido cada asociación sonora tiene validez en sí misma. La tarea requiere, entonces, un profundo conocimiento de ambas lenguas, pero también de la poesía: que el español de nuestra generación se lleve al francés, mas no a la inversa. Cuando Barajas traduce: "*il dit: Pas encore!*" como ¡No todavía! (literalmente, "no aún"), quiere comunicarnos con otros clásicos, los nuestros: desde Homero, pasando por Vallejo, hasta Gonzalo Rojas.

Bien se ha dicho que *Igitur o la locura de Elbehnon* es un texto para iniciados. Es verdad, cada quien con su Mallarmé doloroso o gozoso. Pero recordemos que sólo la poesía puede dar cuenta de lo que verdaderamente es el hombre, y eso levanta un poco el interdicto en su contra. Basta que nos entreguemos a la aventura de la inteligencia para ahondar en el espíritu. Al final, ¿dónde termina una para iniciar el otro? El culto ciego a los escritores de la tradición seguirá estando de moda en tanto consideremos a los autores o las obras como cifras carentes de sentido. Los verdaderos fines, los poéticos, claro, seguirán escapándose. Sólo leyendo y traduciendo a los clásicos como Mallarmé podremos resarcir su culto. He ahí, en suma, el objeto de este *Igitur* desde que su traducción ha sido completada. LC